



“Violinista ciego”

Foto: Julia Vargas

Voces y rumbos: la travesía democrática en Bolivia

Voices and Paths: The Democratic Journey in Bolivia

*Juan Carlos Salazar del Barrio**

RESUMEN

En el artículo se describe la historia doblemente centenaria de Bolivia, desde la guerra de la independencia hasta su fundación, pasando por las dos guerras internacionales que sostuvo el país, la primera en el siglo XIX (Guerra del Pacífico) y la segunda en el XX (Guerra del Chaco). Este último conflicto provocó el surgimiento de la Bolivia moderna, caracterizada fundamentalmente por la Revolución Nacional producida en 1952 y la posterior alternancia de gobiernos civiles y militares. A partir de 1982 se establece definitivamente la democracia.

El autor destaca el papel fundamental que tiene el periodismo en este largo proceso de afirmación institucional del país, desde el rol más político-partidario que tuvo en el siglo XIX hasta la consolidación de una prensa libre moderna, que actuó incluso en épocas dictatoriales. Finalmente, se llama la atención sobre el problema actual de la desinformación y manipulación en el mundo hiperconectado del siglo XXI**.

Palabras clave: Bolivia; historia; democracia; periodismo.

* Egresado del Instituto Superior de Ciencias y Técnicas de la Opinión Pública de la Universidad Católica Boliviana (U.C.B.), antecedente de la actual Carrera de Comunicación Social, obtuvo el título de Periodista en Provisión Nacional, otorgado por el Consejo Nacional de Educación Superior de la Universidad Boliviana. Diplomado en Política y Comunicación en Democracia por la U.C.B. Es docente de Periodismo de la Carrera de Comunicación Social de la U.C.B.

Contacto: jsalazar@ucb.edu.bo

ORCID: <https://orcid.org/0009-0009-3639-0251>

** La XII Lección Inaugural de Humanismo, correspondiente al segundo semestre de 2025, se llevó a cabo el 21 de agosto de 2005 en la U.C.B. sede La Paz.

ABSTRACT

The article describes Bolivia's double-centennial history, from the War of Independence to its founding, including the two international wars the country fought—the first in the 19th century (War of the Pacific) and the second in the 20th century (Chaco War). This latter conflict led to the emergence of modern Bolivia, fundamentally characterized by the 1952 National Revolution and the subsequent alternation between civilian and military governments. From 1982 onward, democracy was definitively established.

The author highlights the fundamental role journalism has played in this long process of institutional affirmation of the country, from its more political-partisan role in the 19th century to the consolidation of a modern free press that even operated during dictatorial times. Finally, attention is drawn to the current problem of misinformation and manipulation in the hyperconnected world of the 21st century.

Keywords: Bolivia; history; democracy; journalism.

Bolivia, nuestra madre común, cumple dos siglos de vida. Desde su “dramática insurgencia”, como la describe el historiador Charles Arnade, hasta nuestros días, ha pasado por muchas pruebas. La gestación de la República fue larga y sangrienta, tres siglos después de un encuentro igualmente dramático, el encuentro de dos mundos, el Viejo y el Nuevo, que, para citar una hermosa frase inscrita en una placa de la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco, México, “no fue triunfo ni derrota”, sino “el doloroso nacimiento de un pueblo mestizo”.

Bolivia comenzó su vida como nación independiente el sábado 6 de agosto de 1825, pero ese mismo día –como escribe Arnade– se situó “en el umbral de una terrible y dolorosa historia” (Arnade, 1964, p. 230).

Si la gestación de la República fue difícil, tampoco fue fácil ni hubo tregua para su edificación. Enfrentamos dificultades de todo género, políticas, económicas y sociales; fuimos víctimas de agresiones extranjeras, que nos arrebataron extensos territorios y nos privaron del oxígeno marítimo, pero, en no pocos casos, fuimos nosotros mismos, los bolivianos, los que profundizamos las divisiones y derramamos nuestra propia sangre en luchas fratricidas. Fueron años de convulsiones intermitentes, que nos debilitaron como país y como conglomerado humano.

Todo parecía conspirar contra la subsistencia de la nacionalidad boliviana. Sin embargo, como se pudo comprobar a lo largo de la historia, después de cada revés, el empeño de supervivencia como nación independiente surgía con mayor pasión e intensidad.

El historiador Augusto Guzmán dice que “la guerra por la independencia, la lucha por la patria, fue la pequeña edad de oro de la historia boliviana”, un capítulo “envuelto en una atmósfera poética de romanticismo personal y colectivo”, la “hora de la abnegación y del idealismo político que, para alcanzar sus fines prácticos, supo organizarse en una democracia de sacrificio” (Guzmán, 1981, p. 77). Una democracia de sacrificio –agrega– dirigida y administrada por una minoría de criollos y mestizos que supieron identificarse con las necesidades del pueblo, al que condujeron con planteamientos sencillos, claros y realistas: el derecho a vivir en libertad, el respeto a nuestra soberanía y el derecho a gobernarnos por nosotros mismos. Son reivindicaciones que, doscientos años después, continúan vigentes.

Las luchas por el poder marcaron el escenario político del siglo XIX, con la inestabilidad como norma institucionalizada, que debilitaron la gobernanza y contribuyeron a nuestro atraso. Desde la fundación de la República hasta la guerra del Pacífico, es decir, durante el primer medio siglo de vida independiente, el militarismo dominó la vida nacional, con 19 generales y solo cinco civiles en la presidencia. Una época –en palabras de Alcides Arguedas– en la que “los cuarteles supieron a las escuelas” (Arguedas, 1981, I).

Una estadística de esa época refleja esa cruda realidad. Según la historia de la literatura boliviana que hace Carlos Castañón Barrientos, en el primer cuarto de siglo de vida republicana, es decir, entre 1825 y 1850, se publicaron solo dos novelas, y 17 en todo el siglo XIX (Castañón, 1990, p. 93). En ese mismo lapso, entre 1825 y 1855, circularon 215 periódicos, y cerca de mil hasta fines de siglo, pero la proliferación obedecía a la orientación abiertamente político-partidista de la prensa de la época, sustentada en su mayoría por los gobiernos de turno.

Fueron tiempos de caudillaje, con caudillos de toga o galones, con un breve período de comunión cívica, entre 1879 y 1883, ante la invasión extranjera, pero con otro de desencuentro fraticida, el de la llamada “guerra federal”, en 1898. Entre el fin de la guerra del Pacífico y el advenimiento del nuevo siglo transcurrieron algunos años de paz interna, difícilmente mantenida por los presidentes civiles, que auspiciaron, sin embargo, un período de tranquilidad

ciudadana, pero sobre todo de modernización del país, de la mano del auge argentífero, con la instalación del servicio de energía eléctrica y el telégrafo, que conectó al país con el mundo, la construcción de caminos y la llegada del ferrocarril, que revolucionó el transporte y al país mismo.

Las primeras décadas del siglo XX fueron de progreso rápido, tanto en términos económicos como de construcción institucional. Tiempo de civilismo, con partidos y programas, con gobiernos conservadores y liberales y debates doctrinarios, con una prensa que reflejaba la pluralidad de opiniones. Sin embargo, en términos políticos –como escribió el historiador y docente de nuestra Carrera de Comunicación Social, Carlos Mesa–, “los liberales no se diferenciaron de sus antecesores en la decisión de mantenerse indefinidamente en el poder amparados en el ropaje democrático”.

Sin embargo, pese a todo, Bolivia estaba en marcha. En la conmemoración del centenario de la independencia, en agosto de 1925, el entonces presidente Bautista Saavedra expresó que “la patria boliviana, unida por el esfuerzo común de sus hijos, en un anhelo de paz y de concordia”, cumplía su “primera centuria mostrándose al mundo como una nación que se esfuerza por realizar efectivos progresos en el orden material e institucional, encaminada en marcha definitiva por la senda de la justicia y de la paz” (Saavedra, 1925, p. II). Palabras que, un siglo después, mantienen plena vigencia.

Fue otro conflicto bélico, el del Chaco, en 1932, el que convocó a la unidad y al consenso en defensa de la Patria, pero esta vez, paralelamente, fraguó la conciencia del pueblo boliviano sobre la necesidad de construir una patria para todos. “El Chaco –escribió Carlos Montenegro–, si no un símbolo, fue un espejo ensangrentado de la suerte de Bolivia (...). El pueblo armado extrajo de su soledad y su abandono una intuición cierta de la patria (...). Cada soldado vuelto del frente trajo en sí una partícula del ansia afirmativa de Bolivia, un soplo del anhelo de sobrevivir” (Montenegro, 2016, p. 239). Este anhelo haría explosión a mediados del siglo XX, a remolque de las ideas nacionalistas que nacieron en las trincheras del Chaco, abriendo las puertas a la nacionalización de la gran minería, la reforma agraria y el voto universal, las grandes conquistas de la centuria pasada.

El golpe militar del 4 de noviembre de 1964 clausuró a balazos el “doble sexenio” de la Revolución Nacional iniciado el 9 de abril de 1952, e inauguró el “triple sexenio” militar, que se prolongó hasta 1982, con su galería de dictadores fascistas, líderes “socialistas” y caudillos de opereta.

Un fotógrafo de una agencia internacional de noticias de la época se ufanaba de haber retratado, uno tras otro y prácticamente sin retirar el dedo del obturador de su vieja cámara Nikon, a los protagonistas de la saga de golpes y contragolpes que vivió Bolivia entre el 6 y el 7 de octubre de 1970: “¡Tengo seis presidentes bolivianos en un solo rollo de película!”, me dijo cuando me mostró su trofeo en México. Toda una galería histórica en unos metros de película en blanco y negro, en la época en que los reporteros gráficos capturaban la realidad en pequeños carretes de 36 exposiciones.

Allí estaban los seis presidentes, serios y solemnes, retratados por orden de llegada a la Historia, desde el general Alfredo Ovando Candia, víctima del primer motín de la serie, hasta Juan José Torres, ganador de la carrera de postas por la presidencia de la República. Víctimas de la vorágine golpista, algunos de ellos ni siquiera lograron entrar al Palacio Quemado ni colgarse la banda presidencial. Su gloria resultó tan efímera como el click de la cámara que dejó constancia de su primer y único “acto de gobierno” (Salazar, 2023, p. 23).

Bolivia –como América Latina toda– vivía atrapada entre los dos fuegos de la Guerra Fría, entre los afanes hegemónicos de Estados Unidos y la Unión Soviética, entre los paradigmas de la revolución de Fidel Castro y el desarrollismo de la Alianza para el Progreso de John F. Kennedy. La impaciencia revolucionaria había sembrado de brotes guerrilleros la geografía de todo el continente, incluido el alzamiento del Che Guevara en las selvas bolivianas de Ñancahuazú, en 1967, mientras los militares reprimían a sangre y fuego los alzamientos armados, las protestas sociales y las disidencias políticas en aplicación de la “doctrina de seguridad nacional” dictada por Washington para proteger sus propios intereses y los de las oligarquías locales (Salazar, 2023, p. 23).

Entre el fin de la dictadura de Banzer, en 1978, y el restablecimiento de la democracia, en 1982, Bolivia sufrió la seguidilla de seis gobiernos militares, uno de los períodos de mayor inestabilidad política de la segunda mitad del siglo pasado. Era la Bolivia de la prehistoria democrática, “la Tierra coraje, como bautizó el periodista Ted Córdova-Claure al país de la asonada, el motín cuartelero y la revuelta callejera (Salazar, 2023, p. 23).

Días de represión y zozobra, con un ritual que comenzaba con las proclamas inflamadas y los sones marciales de las gestas heroicas, y terminaba con el inevitable recuento de víctimas y los boleros de caballería de los días de duelo. Tiempos duros, los dictatoriales, los “años de plomo”, como los describió el

padre José Gramunt, que llevaron a Marcelo Quiroga Santa Cruz, una de sus víctimas en el golpe de 1980, a exclamar: “¡Qué bien estábamos cuando estábamos mal!” (Quiroga, 2012, p. 129).

No voy a hacer un recuento de los avances y retrocesos de nuestra democracia ni de la lucha de pueblo boliviano en defensa de sus libertades ante las frecuentes violaciones de sus derechos. No existe espejo que pueda retratar mejor la salud democrática de una nación que su prensa, porque, como se sabe, no hay democracia sin prensa libre ni prensa libre sin democracia, una mancuerna indisoluble.

Las dictaduras y gobiernos autoritarios que padeció el país a lo largo de su historia no se limitaron a suprimir las libertades políticas y los derechos ciudadanos para mantenerse en el poder, sino que hicieron de la prensa el principal blanco de la represión, porque no hay mayor obstáculo para el autoritarismo que la libertad de expresión.

Y tal vez no hubo momentos más dramáticos para el periodismo boliviano que los años 70 y 80, bajo las dictaduras de Hugo Banzer Suárez (1971-1976) y Luis García Meza (1980-1981), con decenas de periodistas presos o exiliados, torturados o asesinados, radios destrozadas y periódicos intervenidos.

Un hecho refleja muy bien el clima de la época. Cuando los periodistas acudieron a Tolata para recoger testimonios de la “masacre del Valle” de Cochabamba (1974), una de las tantas de ese tiempo dictatorial, el Ejército no les permitió entrar a la localidad. “¿Por qué no podemos ingresar a la zona del conflicto, es delito?”, preguntó un reportero. El oficial al mando del operativo castrense respondió: “Sí, ahora es delito ser periodista” (Salazar, 2023, p. 88). Efectivamente, era la época en que ser periodista era un delito.

Alcides Arguedas se dolió alguna vez del “resultado fatal y lógico de nuestro pasado triste y sin relieve”, y del hecho de que la patria haya sido a menudo “juguete de gentes sin valor moral, ordinarias de corazón y de mente” (Arguedas, 1981, p. I). Pero otro historiador, Enrique Finot, escribió que, pese a los factores adversos, internos y externos, el “progreso material y cultural, penosamente alcanzado” por Bolivia, es, sin embargo, “una demostración de vigor, tanto más apreciable cuanto que importa un triunfo sobre el medio físico hostil y sobre dificultades de todo género” (Finot, 1946, p. 9).

La patria se sobrepuso a todas las pruebas, a todos los sufrimientos. Tuvo fuerzas no solo para defender sus libertades ante las dictaduras y autoritarismos de

todo signo, sino para construir su democracia y enfrentar otros males que arrastra desde su nacimiento, como la pobreza, la ignorancia y la desigualdad. Y también para evitar que la bendición de los recursos naturales se convirtiera en una maldición, porque, como relata Sergio Almaraz en un hermoso cuento, el diablo había dicho “arruinaré a los bolivianos” con la plata, el estaño y el gas (Almaraz, 2009, p. 593).

La patria tuvo fuerzas para luchar y sobrevivir, a pesar de todo, para levantarse y continuar su camino. En un texto publicado en el diario católico Presencia hace cincuenta años, con motivo del sesquicentenario de la independencia, se dice: “Hasta en las derrotas, los moribundos y vencidos apretaban los labios para lanzar el grito que manifestaba la confianza en el porvenir de la patria” (Presencia, La Paz. 06.08.1975).

Y en eso estamos, 200 años después de la creación de la República, en la construcción de una patria y en la construcción de una democracia como sistema de convivencia, el único que puede garantizar el consenso necesario para la edificación de esa magna obra, porque, como dijo el poeta Octavio Paz, “sin democracia la libertad es una quimera”.

Las jornadas que estamos viviendo estos días demuestran la persistencia del empeño democrático del pueblo boliviano, pese a las adversidades cotidianas. Las ideas de libertad, democracia y autodeterminación, motor de la independencia, han pervivido. Son ideas que han movilizado a nuestro pueblo a lo largo de la historia, en una porfiada lucha contra las adversidades de toda índole, adversidades que no son del pasado, sino también del presente. Bolivia recuperó la democracia una tarde primaveral del domingo 10 de octubre, pero no fue obra de un día ni una tarea fácil, sino de una larga lucha y un trabajo denodado, como el que requiere toda construcción.

La palabra “construir” proviene del latín construere, que significa “juntar, apilar, amontonar” o, más ampliamente, “fabricar” o “edificar”. Está compuesta por el prefijo con, que significa “juntos” o “en unión”, y el verbo struere, que significa “apilar” o “juntar”. La etimología de la palabra nos revela la idea fundamental de “construir”, que es la acción de edificar, unir o agregar elementos para formar algo más grande o complejo. Toda construcción es una obra inacabada, perfectible, y su conclusión requiere de la unión y del consenso de los constructores. Nuestra democracia es igualmente inacabada, perfectible.

Como nos dejó dicho el papa Francisco, la democracia es estar “juntos”, es “participar”, aportar los propios ideales y las propias razones; dialogar juntos

para buscar juntos la solución a los problemas que afectan a todos y para que el ejercicio del gobierno “tenga lugar en el contexto de una comunidad que se confronta libre y secularmente en el arte del bien común” (Francisco, 2024). “Arte del bien común” –subrayo– es una hermosa definición de lo que llamamos política. Sin embargo, también nos advirtió que “es evidente que en el mundo actual la democracia no goza de buena salud”.

En su hermoso texto “En el corazón de la democracia”, Francisco afirmó que la democracia “parece estar sufriendo las consecuencias de una peligrosa enfermedad, la del ‘escepticismo democrático’”, pues está encontrando dificultades para asumir “las complejidades del tiempo presente”, como “los problemas ligados a la falta de trabajo o al poder abrumador del paradigma tecnocrático”, y debido a ello “parece ceder a veces al encanto del populismo” (Francisco, 2024).

Y nuestra democracia no es la excepción.

Hoy como ayer, Bolivia enfrenta graves problemas, como la desigualdad persistente, la pobreza, la exclusión social y la desigualdad estructural que alimentan el descontento y erosionan la legitimidad democrática; la pérdida de la institucionalidad; el autoritarismo recurrente, con líderes elegidos democráticamente que concentran el poder y neutralizan o eliminan los contrapesos institucionales y socavan las libertades; la corrupción, que contribuye al descreimiento de las instituciones y de la democracia; la inseguridad, la violencia y el crimen organizado, que debilitan el Estado de derecho.

Y también la desinformación, el mal del siglo XXI. La desinformación es uno de los principales enemigos de la democracia, con las redes virtuales como vehículos de manipulación y polarización. Un mal que debilita el debate democrático y, como dijo el papa Francisco, genera “miedo y desesperación, prejuicio y rencor, fanatismo e incluso odio”, que utiliza “informaciones falsas o deformadas hábilmente para lanzar mensajes destinados a incitar los ánimos, a provocar, a herir”.

La paradoja de nuestro tiempo es que estamos viviendo en un mundo hiperconectado, con un acceso sin precedentes a la información de todo tipo, pero, por la misma razón, estamos más expuestos que nunca a la manipulación y al engaño. En tiempos de inundación, lo que más escasea es el agua potable. En la era de la información, echamos de menos la verdad.

Es un problema que nos interpela como universidad, en la necesidad de formar ciudadanos informados y críticos, capaces de discernir entre la verdad y la mentira, en una batalla que no debemos dar por perdida, porque hoy es más necesaria que nunca.

Una democracia supone la suma de voces y la confluencia de rumbos. Voces y rumbos, como tituló la directora de Cultura y Arte de la Universidad, Alejandra Echazú Conitzer, esta disertación. Las voces de la pluralidad y la convergencia de rumbos en la travesía colectiva.

“Travesía” es una metáfora del esfuerzo y superación de dificultades para alcanzar una meta. Sugiere un viaje largo, difícil o peligroso, que implica un recorrido con obstáculos y desafíos hacia un destino. En uno de sus poemas, Mario Benedetti nos habla de “la travesía de este tiempo duro”. Pero también, en otra de sus acepciones, es un camino, como la propia vida, lleno de experiencias, aprendizajes y transformaciones.

El sacerdote Luis Espinal, mártir del periodismo y la democracia y fundador de nuestra Carrera de Comunicación Social, asesinado hace 45 años por el garcíamezismo, nos legó un hermoso libro: sus “Oraciones a quemarropa” –como él las denominó–, que son un canto al amor y la esperanza. Permítanme terminar esta disertación con uno de sus poemas, que titula, precisamente, “Futuro” (Espinal, 2015, p. 70). Dice así:

Señor de la eternidad,
sabemos que nuestro tiempo
se remansa en tu presencia;
creemos que no se pierde
ni un solo instante de dolor o de espera,
de alegría o cansancio.
Si se perdiera, nosotros mismos
nos evapo-raría-mos con los instantes que pasan.

Tenemos miedo al futuro,
porque es negro y está sin estrenar,
y siempre va erizado de interrogantes.
Todo lo que tenemos son cosas pasadas,
y el futuro con su novedad nos amedrenta.

Pero cabalgamos con Dios hacia la grupa.
Dios invisible, danos fe en tu presencia.
Porque el futuro nos espera
con su explosión de misterio.

Referencias

1. Almaraz, Sergio (2009). *Obra completa*. La Paz: Plural.
2. Arguedas, Alcides ([1922]1981). *Historia general de Bolivia*. La Paz: Gisbert.
3. Arnade, Charles W. (1964). *La dramática insurgencia de Bolivia*. La Paz: Juventud.
4. Castaño Barrientos, Carlos (1990). *Literatura boliviana*. La Paz: Signo.
5. Espinal, Luis (2015). *Oraciones a quemarropa*. La Paz: Plural.
6. Finot, Enrique (1946). *Nueva historia de Bolivia*. Buenos Aires: Fundación Universitaria Patiño.
7. Francisco (2024, julio 13). *En el corazón de la democracia*. Vatican News. <https://www.vaticannews.va/es/papa/news/2024-07/el-papa-democracia-es-resolver-juntos-los-problemas-de-todos.html>
8. Guzmán, Augusto (1981). *Historia de Bolivia*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.
9. Montenegro, Carlos ([1944] 2016). *Nacionalismo y coloniaje*. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.
10. Quiroga Santa Cruz, Marcelo (2012). *Hablemos de los que mueren*. La Paz: Plural.
11. Saavedra, Bautista (1925). *Bolivia en el primer centenario de su independencia*. New York: The University Society.
12. Salazar del Barrio, Juan Carlos (2023). *A la guerra en taxi*. La Paz: Plural.